

PIERRE GRIMAL

Ex-miembro de la Escuela Francesa de Roma.
Profesor de la Sorbona

DICCIONARIO
DE MITOLOGIA

GRIEGA Y
ROMANA

Edición revisada, con bibliografía actualizada por el autor.

Prefacio de

CHARLES PICARD

Miembro del Instituto de Francia, Profesor honorario de la Sorbona, Director honorario de la Escuela Francesa de Atenas, Director del Instituto de Arte y Arqueología de la Universidad de París.

Prólogo de la edición española de

PEDRO PERICAY

Profesor de la Universidad de Barcelona



Paidós

Buenos Aires - Barcelona - México

ECO (Ἠχώ). Eco es el nombre de una ninfa de los bosques, en torno a la cual se han formado leyendas explicativas del origen del *eco*. Ora es amada de Pan, al que no corresponde, consumiéndose, en cambio, por un sátiro que la rehúye, y entonces Pan, para vengarse, la hace desgarrar por unos pastores; ora está perdidamente enamorada del bello Narciso (v. *Narciso*) aunque, en vano; pero siempre, al morir desaparece y se convierte en una voz que repite las últimas sílabas de las palabras que se pronuncian.

EDAD DE ORO. En *Los trabajos y los días*, Hesiodo cuenta un mito relativo a las diferentes razas que se han sucedido desde el comienzo de la Humanidad. Al principio — dice — hubo una « raza de oro » Era cuando Crono reinaba en el Cielo. Los hombres vivían entonces como dioses, libres de cuidado, al abrigo de las penalidades y de la miseria. No conocían la vejez, y pasaban su tiempo, siempre jóvenes, en medio de festines y banquetes. Cuando llegaba la hora de morir, se sumían en un dulce sueño. Además, no estaban sujetos a la ley del trabajo; todos los bienes les pertenecían espontáneamente. El suelo producía de por sí una abundante cosecha, y ellos vivían en paz en los campos. Desde que, con el reinado de Zeus, esta raza ha desaparecido de la tierra, han quedado como genios benéficos, guardianes de los mortales y dispensadores de riquezas. Tal es, en su forma más antigua, la leyenda de la Edad de Oro.

Muy pronto este mito se convirtió en un tópico de la moral, que se complacía en pintar los principios del género humano como el reino de la Justicia y la Buena Fe. En Roma, donde Crono se identificaba con Saturno, se situaba la Edad de Oro en el tiempo en que este dios reinaba en Italia, llamada aún Ausonia. Los dioses vivían en

intimidad con los mortales. No se habían inventado aún las puertas, ya que el robo no existía y los hombres nada tenían que ocultar. Alimentábanse exclusivamente de legumbres y fruta, porque nadie pensaba en matar. Entonces la civilización dio sus primeros pasos: Saturno introdujo el uso de la hoz — la hoz figuraba como atributo en las representaciones de este dios —; enseñó a los hombres a servirse mejor de la fertilidad espontánea del suelo. Contábase en Roma que reinaba en el Capitolio, en el lugar en que más tarde se alzó el templo a Júpiter Óptimo y Máximo. Había sido acogido en el país por el dios Jano, que reinaba junto con él y accedió a compartir el reino con el recién llegado.

Los poetas han bordado a cual más sobre este tema. Hablaron de la lana que tomaba por sí misma vivos colores en el lomo de los carneros, de las zarzas que daban frutos deliciosos, de la tierra que gozaba de una eterna primavera. El mito de la Edad de Oro figura también en la mística neopitagórica.

EDIPO (Οἰδίπους). Edipo es el protagonista de una de las leyendas más célebres de la literatura griega, después del ciclo troyano. No poseemos los poemas épicos a los que esta leyenda dio origen, pero sabemos que existieron. Las aventuras de Edipo viven entre nosotros sobre todo por las formas trágicas.

Edipo pertenece a la raza de Cadmo (v. cuad. 3, pág. 78). Su bisabuelo, Polidoro, es hijo de Cadmo. Tiene por abuelo a Lábdaco, hijo de Polidoro y Nictes, quien, a su vez, descende, por su padre Nictéo, de Clonio, uno de los Espartoi, los hombres nacidos de los dientes del dragón (v. *Clonia*). Su padre es Layo, hijo de Lábdaco. Todos los antepasados de Edipo reinaron en Tebas, si bien con algunas interrupciones, según la

forma más conocida de la tradición, cuando la minoría de edad de Layo (v. *Lico*).

La madre de Edipo representa un importantísimo papel en la leyenda. Su nombre se da en formas muy distintas: en la *Odisea* se llama Epicaste; en los trágicos, Yocasta. Suele vincularse a Penteo y, por él, a Equión, uno de los Espartoi (v. *Equión*). Su padre es Meneceo, y su abuelo, Óclaso (v. cuad. 9, página 149). En la versión épica del ciclo de Edipo, la madre del héroe se llamaba Eurigania, o bien Eurianasa, y era hija de Hiperfante, o tal vez de Perifante (el lapita), o bien de Teuzante. Otra variante le da el nombre de Astimedusa, y hace de ella una hija de Esténelo. Esta variante tiene por objeto vincular a Edipo, por su madre, con el ciclo heracleo.

Además de estas diversas tradiciones concernientes a la madre de Edipo, existen otras que las mezclan, utilizándolas arbitrariamente para resolver contradicciones que aparecen en el seno de la propia leyenda o entre sus diversas versiones.

Al nacer, pesó ya sobre Edipo una maldición. En la tradición representada por Sófocles, se trata de un oráculo que habría declarado que el niño nacido de Yocasta « mataría a su padre ». En cambio, según Esquilo y Eurípides, el oráculo habría sido anterior a la concepción, para prohibir a Layo que engendrara un hijo, vaticinándole que si tenía uno, este hijo no sólo lo mataría, sino que sería el causante de una espantosa serie de desgracias que hundirían su casa. Layo prescindió del aviso y engendró a Edipo. Más tarde fue castigado por ello.

Para impedir que se cumpliera el oráculo, Layo expuso a su hijo recién nacido. Le había perforado los tobillos para atarlos con una correa y la hinchazón producida por esta herida valió al niño el nombre de Edipo, que significa « pie hinchado ». Existen dos versiones distintas de este episodio: ora se cuenta que el recién nacido fue metido en una canasta y arrojado al mar, ora que fue abandonado en el monte Citerón, cerca de Tebas. En la primera versión, el lugar en que fue expuesto se ubica en la costa septentrional del Peloponeso, ya en Sición, ya en Corinto. Allí lo encontró la reina Peribea, esposa del rey Pólibo, que lo recogió y lo crió. En la otra versión se contaba que el niño había sido expuesto en una vasija, en pleno invierno. Lo recogieron unos pastores corintios que se encontraban en la comarca con sus rebaños, y como sabían que su rey no tenía hijos y deseaba uno, se lo ofrecieron. En la versión seguida por Sófocles, el criado del rey Layo, encargado por su amo de exponer al niño, lo entregó a los pastores extranjeros. Sea de ello lo

que fuere, todas las versiones coinciden en el nombre del padre putativo de Edipo: es siempre Pólibo, pese a que unas veces es considerado como rey de Corinto; otras, de Sición o Antedón, y otras, de Platea.

Edipo pasó toda su infancia y adolescencia en la corte de Pólibo, de quien creía sinceramente ser hijo. Pero, llegado a la edad viril, abandonó a sus padres adoptivos, por un motivo que varía según los autores. La versión más antigua parece ser la siguiente: Edipo habría partido en busca de unos caballos robados, y de este modo habría encontrado, sin saberlo, a su verdadero padre, Layo. Posteriormente, los trágicos introdujeron móviles de menor simplicidad psicológica. Con ocasión de una riña, un corintio, para insultar a Edipo, le había revelado que no era hijo del rey, sino un niño recogido. Edipo había interrogado a Pólibo, quien, con muchas reticencias, acabó confesándole que era verdad. Entonces Edipo partió para Delfos, con objeto de consultar al oráculo y saber quiénes eran sus verdaderos padres.

Sea lo que fuere, en el curso de este viaje Edipo se encontró con Layo. El lugar del encuentro difiere según los autores: ora se sitúa en Lafistión, en el camino de Orcómeno, adonde se dirigía el joven en busca de los caballos, ora en la encrucijada de Potnias, o bien en Fócide, en el sitio que hoy se llama « encrucijada de Megas », punto de confluencia de las rutas procedentes de Dáulide y Tebas para formar la que conduce a Delfos, siguiendo el valle. El camino se estrecha allí entre peñas, dejando escaso sitio. Cuando el heraldo de Layo, Polifontes (o Polipetes), tras de ordenar a Edipo que cediese paso al rey, mató uno de sus caballos al no ver obedecida su orden con presteza, Edipo, encolerizado, dio muerte a Polifontes y a Layo, con lo cual quedó cumplido el oráculo. En esta última versión, Edipo regresaba de Delfos, donde el oráculo le había vaticinado que mataría a su padre y casaría con su madre. Lleno de terror, y creyendo firmemente que era hijo de Pólibo, había resuelto desterrarse voluntariamente; por eso se encontraba en la ruta de Tebas cuando Layo, al mandarle insultarlo — o, según otros, al insultarlo personalmente — se atrajo su ira.

Al llegar a Tebas, Edipo se encontró con la Esfinge. Era un monstruo mitad león y mitad mujer, que planteaba enigmas a los viajeros y devoraba a los que no sabían resolverlos. Generalmente preguntaba: « ¿Cuál es el ser que anda ora con dos, ora con tres, ora con cuatro patas y que, contrariamente a la ley general, es más débil cuantas más patas tiene? ». Había también otro enigma:

Eco: COLUM., *R. R.*, IX, 5; *Antol. Pal.*, IX, 27; MOSCO, *Idil.* (según ESTOBEO, *Flor.*, LXIII, 29, ed. Legrand, II, pág. 80); OV., *Met.*, III, 356 s.; PTOL. *Hef.*, VI; cf. J. BOLTE, *Das Echo in Volksglaube und Dichtung*, S. P. A. W., 1935, págs. 262-288, 852-862; LONGO, *Dafnis y Cloe*, III, 23.

Edad de Oro: HES., *Trab.*, 106 s.; CATUL., 64, 384 s.; TIB., I, 33, 35; VIRG., *Égl.*, IV, *passim* y el *Coment.* de SERV.; OV., *Fast.*, I, 193; *Met.*, I, 89-112; *Am.*, III, 8, 35-44; MACR., *Sat.*, I, 7, 51; HOR., *Epod.*, XVI, v. 41 s.; PAUS., V, 7, 6. Cf. J. CARCOPINO, *Virgile et le Mystère de la IV^e. Églogue*, Paris, ed. rev., 1942; E. MEYER, en *Mél. C. Robert*, 1910, págs. 157-187; W. HARTMANN, dis. Friburgo de Brisgovia (1917); R. REITZENSTEIN, en *Stud. der Bibliothek Warburg*, VII, (1926).

Edipo: *Od.*, XI, 271 s.; y escol. al v. 271; *Il.*, XXIII, 676 s.; HERÓD., V, 59; PIND., *Ol.*, II, 42 s.; PAUS., I, 28, 7; 30, 4; II, 20, 5; 36, 8; IV, 3, 4; 8, 8; V, 19, 6; IX, 2, 4; 5, 10 s.; 9, 5; 18, 3 s.; 25, 2; 26, 2; 4; X, 5, 3 s.; 17, 4; *Esq.*, *Siete*, 745 s.; SÓF., *Ed. Rey*, *passim*, y los escol.; *Ed. en Col.*, *passim*, y los escol.; *Eur.*, *Fen.*, 7 s.; 940 s.; escol. a los vv. 13; 26; 28; 50, 53; 61; 1760, etc.; *Hig.*, *Fab.*, 66; 67; escol. a *Estac.*, *Teb.*, I, 61; *ATEN.*, X, 456 b; *ESTRAB.*, VIII, 380; *DIOD. SIC.*, IV, 64 s.; *APD.*, *Bibl.*, III, 5, 7 s.; J. MAL., *Chron.*, II, 50; M. DELCOURT, *Oedipe ou la légende du Conquérant*, Lieja, 1944, cf. C. ROBERT, *Oidipus...* 2 vols., Berlin, 1915; L. W. DALY, art. *Oedipus*, R. E. (1940); [DIRLMEIER, *Der Mythos von König Ödipus*, Maguncia, 1948]; W. POETSCHER, *Die Oidipous Gestalt*, Eranos LXXI, 1973, págs. 12-44; C. ASTIER, *Le mythe d'Oedipe*, Paris, 1974.

« Son dos hermanas, una de las cuales engendra a la otra y, a su vez, es engendrada por la primera ». La respuesta al primer acertijo es: « El hombre » — porque camina, cuando niño, a cuatro patas, luego con las dos piernas y, finalmente, se apoya en un bastón —. La respuesta al segundo es: « El día y la noche » (el nombre del día es femenino, en griego; es, pues, la « hermana » de la noche.) Pero ningún tebano había sabido resolver nunca estos enigmas, y la Esfinge los devoraba uno tras otro. Edipo vio en seguida las respuestas, y el monstruo, despechado, se precipitó desde lo alto de la roca en que se posaba; o bien fue Edipo quien lo arrojó al abismo. Una versión quizá más antigua presentaba la leyenda del siguiente modo: todos los días se reunían los tebanos en la plaza de la ciudad para tratar de resolver en común el acertijo, pero jamás lo conseguían. Y cada día, al término de la reunión, la Esfinge devoraba a uno de los habitantes. Según ciertos mitógrafos, incluso devoró al joven Hemón, hijo de Creonte.

Al matar a la Esfinge y librar del monstruo a los tebanos, Edipo se ganó el favor de toda la ciudad. Para demostrar su agradecimiento, los habitantes de Tebas le dieron en matrimonio la viuda de Layo y lo elevaron al trono. Otras veces se admite que Creonte, hermano de Yocasta, se había hecho cargo del poder, en calidad de regente, a la muerte de Layo, y que espontáneamente lo transfirió a Edipo en recompensa por haber vengado la muerte de su hijo.

Sin embargo, pronto va a descubrirse el secreto del nacimiento de Edipo. En un determinado estado de la leyenda, las cicatrices de sus tobillos revelan su identidad a Yocasta. Esta versión ha sido modificada por Sófocles, quien ha construido su tragedia *Edipo Rey* a base del reconocimiento de Edipo. Una peste está asolando la ciudad de Tebas, y Edipo envía a Creonte a Delfos para interrogar al oráculo sobre la causa de esta plaga. Creonte vuelve con la respuesta de la Pitia: la peste no cesará en tanto no se haya vengado la muerte de Layo. Entonces Edipo fulmina contra el autor del crimen una maldición, que acabará cayendo sobre su propia cabeza. Interroga al adivino Tiresias, para averiguar quién es el culpable. Tiresias que, por su condición, conoce todo el drama, trata de esquivar la respuesta, con lo cual el rey imagina que él y Creonte son los autores del homicidio, produciéndose un altercado entre Edipo y Creonte. Interviene Yocasta y, deseosa de reconciliarlos, pone en duda la clarividencia de Tiresias. Presenta de ello una prueba:

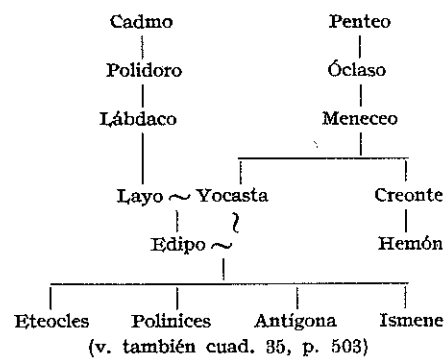
el vaticinio pronunciado en otro tiempo respecto al hijo habido con Layo, hijo que éste había expuesto por temor a que le matase. Y, sin embargo — sigue Yocasta —, Layo está muerto; murió en una encrucijada, a manos de unos bandidos. Al oír mencionar una « encrucijada », Edipo manda que se la describan, así como el carruaje que montaba el rey. Manda también que le precisen el lugar del crimen, y no tarda en ser presa de una terrible duda: ¿ No será él el culpable? Ordena que le traigan del campo a uno de los criados que acompañaban a Layo y que había sido testigo de su muerte, y este criado resulta ser precisamente el pastor que, por orden de Layo, abandonó a Edipo niño en el bosque. En esto llega de Corinto un mensajero para comunicar a Edipo el fallecimiento de Pólipo y rogarle que vuelva con él a la ciudad para ocupar su trono. Edipo y Yocasta creen que la amenaza del oráculo ha desaparecido, ya que Pólipo ha fallecido de muerte natural. Pero queda la segunda parte de la amenaza divina: ¿ No corre el riesgo, Edipo, de cometer incesto con la esposa de Pólipo? Para tranquilizarlo, el emisario corintio le dice que es un niño expósito, y que Pólipo no era su padre. De este modo se cierra la red en torno a Edipo, el cual ha de rendirse a la evidencia. El relato acerca de cómo fue encontrado el niño no deja ya duda a Yocasta: su propio hijo ha dado muerte a su padre y ella ha cometido incesto con él. Se precipita al interior del palacio y se suicida. Edipo se perfora los ojos con el prendedor de Yocasta.

Esta versión, inmortalizada por Sófocles, ha sido modificada por Eurípides en una obra perdida que atribuye a Creonte un papel de mayor importancia. Éste trama una conjura contra Edipo, al que considera como un usurpador. Componiéndose las para convencerlo de la muerte de Layo, lo manda cegar. Luego Peribea, esposa de Pólipo se presenta para comunicar el fallecimiento de su marido, y por el modo como refiere el hallazgo de Edipo niño en el Citerón, Yocasta comprende que su segundo esposo es su hijo y se suicida, como en la versión anterior.

En la versión épica de la leyenda de Edipo, la muerte de Yocasta no interrumpe el reinado de Edipo; éste sigue en el trono hasta que muere en una guerra contra sus vecinos (Ergino y los minias).

Peró en los trágicos, Edipo, víctima de la imprecación que él mismo había pronunciado contra el matador de Layo antes de saber quién era, es desterrado de la ciudad y comienza una existencia errante. Lo acompaña su hija Antígona, pues sus dos hijos se han negado a intervenir en su favor, y

por esta razón él los ha maldecido. Tras largo y penoso deambular, Edipo llegó a Ática, a la población de Colono, donde muere. Habiendo declarado un oráculo que el país en el que radicara la tumba de Edipo tendría la bendición de los dioses, Creonte



CUADRO GENEALÓGICO N.º 9

y Polinices trataron de persuadirle, estando ya moribundo, de que volviese a Tebas. Pero Edipo, a quien Teseo había recibido hospitalariamente, se negó y quiso que sus cenizas permaneciesen en el Ática.

EETES (Αἴτης). Hijo del Sol y de la oceánide Perseis (v. cuad. 16, pág. 236), había recibido primeramente de su padre el reino de Corinto, pero muy pronto lo había dejado por el de Cólquide, país situado al pie del Cáucaso, a orillas del mar Negro. Eran sus hermanas la maga Circe — la que de modo tan extraño recibió a Ulises — y Pasífae, esposa de Minos. Respecto a la persona de su propia esposa, las tradiciones discrepan; tan pronto la llaman Eurilite, como le atribuyen por mujer a la nereida Neera o a la oceánide Idia, o, finalmente, a la maga Hécate, su sobrina e hija de Perseis, rey de Táuride (v. *Medea*, pág. 336).

En Cólquide, Eetes reinaba en Ea, cuya capital era la ciudad de Fasis, a orillas del río de igual nombre. Cuando Frixo, huyendo con su hermana Hele sobre un carnero de toisón de oro que los llevaba por encima de tierras y mares, llegó a Cólquide, fue bien acogido por el rey, el cual le otorgó la mano de una de sus hijas, Calciope

Eetes: HES., *Teog.*, 957; 960; *Od.*, X, 136 s.; APD., *Bibl.*, I, 9, 1; 23; 28; *Ep.*, ed. Frazer, VII, 14; APOL. ROD., *Arg.*, III, 242 y el escol. *ad loc.*; DIOD. SIC., IV, 45; *Hig. Fab.*, 27, etc.; HERÓD., I, 2; VII, 193; CIC., *Tusc.*, III, 12, 26. V. también *Argonautas*, *Teseo*, *Medea*, *Jasón*, etc.

(v. cuad. 32, pág. 450). Frixo sacrificó a Zeus el carnero milagroso y dio su toisón a Eetes, quien lo clavó en un roble, en un bosque consagrado a Ares, dios de la guerra. Jasón, al recibir de Pelias la orden de traerle aquel vellocino de oro, partió con sus compañeros en su busca, a bordo de la nave Argo (v. *Argonautas*). Llegados los Argonautas, tras numerosas aventuras, a Ea, el rey les prometió el toisón siempre que Jasón pasase por determinadas pruebas. De este modo pensaba desembarazarse de aquella demanda importuna. Pero Jasón, ayudado por Medea, la propia hija de Eetes, logró domar unos toros monstruosos y dar cima a otras hazañas que se le exigieron. Entonces Eetes le negó resueltamente el vellocino e intentó incendiar la nave Argo. Jasón se apoderó de la piel por la fuerza, y huyó llevándose a Medea. Eetes salió en su persecución, pero su hija había raptado a su hermanito Apsirto, al que dio muerte y descuartizó esparciendo sus miembros por el mar. Eetes, para recogerlos, quedó rezagado y, desanimándose, abandonó la caza.

Al parecer, más tarde Eetes fue destronado por su hermano Perseis, y restablecido en el trono por Medea, que había regresado sin darse a conocer.

EETIÓN (Ἠετίων). Eetión es un rey de la ciudad de Tebas de Misia, padre de Andrómaca. Fue muerto, con sus hijos, por Aquiles, en el saqueo de la ciudad por los griegos. Aquiles estimaba de tal modo su valor que no le quitó las armas, sino que lo enterró con ellas y le hizo magníficos funerales. Sobre su tumba, las ninfas plantaron un olmo. Su esposa fue liberada mediante rescate, pero murió al cabo de poco víctima de los flechazos de Ártemis.

EFIALTES (Ἐφιάλτης). Efialtes es el nombre de dos gigantes: uno de los Alóadas (v. este nombre) y, en la Gigantomaquia, uno de los adversarios de los dioses, que fue muerto por Apolo y Heracles, con los ojos traspasados por sus flechas.

EGEO (Αἰγέως). Egeo es un rey de Atenas, padre de Teseo. El suyo fue Pandión, sucesor de Cécrope (v. *Cécrope*, y cuad. 12, pág. 166). Pero Pandión había sido expulsado de Atenas por los hijos de Metión a consecuencia de una revuelta; retirado a Mégara, había casado allí con Pilia,

Eetión: APD., *Bibl.*, III, 12, 6; II., VI, 395 s.; ESTRAB., XIII, 585 s.

Efialtes: APD., *Bibl.*, I, 6, 2.

Egeo: APD., *Bibl.*, I, 9, 28; III, 15, 5 s.; TZETZ. a LIC., 494; PLUT., *Teseo*, 3; 13; PAUS., I, 5, 3 y 4; 39, 4; ESTRAB., IX, p.; 392; escol. a ARISTÓT., *Listr.*, 58, *Avisp.*, 1123; *Hig.*,